

CAPÍTULO IV

LOS INKAS Y LOS CAMINOS: ANTECEDENTES DE INVESTIGACIÓN

Introducción

En este capítulo desarrollaremos los conocimientos teóricos previos relativos a nuestra investigación. Teniendo en cuenta, por un lado, que el área de estudio se encuentra vinculada natural y culturalmente al valle del río Belén o Hualfín –de aquí en adelante Valle de Hualfín- y, por otro, la importancia que éste reviste desde el punto de vista cultural, es necesario considerar a dicho valle como uno de los principales ejes geográficos de comunicación y tránsito dentro del NOA (González y Cowgill 1975). Por ello, creemos primordial enunciar primero los antecedentes del mismo para poder caracterizar directa e indirectamente nuestra región. Luego, nos introduciremos en el mundo Inka haciendo énfasis en su organización social y estructuración espacial. Ello nos conducirá inexorablemente a caracterizar la importancia y el significado que tuvieron los caminos incaicos para dicha sociedad.

A continuación se hará mención de diferentes trabajos, al menos los que nosotros consideramos como relevantes, vinculados al estudio de la vialidad imperial. Finalmente, detallaremos los escasos antecedentes para el área de investigación, enmarcados dentro de la red vial para toda la provincia de Catamarca.

1. El Valle de Hualfín

La región del Valle de Hualfín comenzó a despertar el interés de viajeros, naturalistas y científicos hacia finales del siglo XIX. Los primeros informes generados constituyen importantes fuentes documentales que nos aproximan al aspecto original de los descubrimientos más tempranos. Ya desde principios del siglo XX, y hasta la actualidad, se viene dando una clara continuidad de trabajos científicos relacionados con determinadas problemáticas antropológicas.

En 1896 el naturalista Carlos Bruch (1904) hizo referencia a varias sepulturas y construcciones encontradas y/o excavadas en el Valle de Hualfín. Entre ellas publicó un croquis de unas ruinas ubicadas en el sector septentrional del valle (correspondientes al sitio Hualfín-Inca); posteriormente hizo una breve mención de las ruinas de El Shincal ubicadas hacia el sur del mismo. También menciona un número importante de vestigios visibles y varios fragmentos de alfarería dispersos a lo largo su recorrido (Bruch 1911).

Las investigaciones realizadas por Lafone Quevedo (1887) y Quiroga ([1897] 1992) también se destacan entre los primeros aportes para la región de Londres, al sur del valle mencionado. Posteriormente, Hilarión Furque (1900) realiza la primera descripción -un croquis e interpretación funcional de las diferentes partes arquitectónicas- del sitio allí emplazado: El Shincal, también conocido con los nombres de Simbolar o Quinmivil.

Hacia 1920, el ingeniero checoslovaco Vladimiro Weisser y varios colaboradores -Wolters, Murr, Peperniceck, Bernarsich, Jensen, Debenedetti, entre otros-, comenzaron a excavar diversas necrópolis indígenas en varias provincias del NOA (Balesta y Zagorodny 2000; Raffino *et al.* 2009; Sempé 1987). Esta labor fue desarrollada durante casi una década y estuvo subvencionada por el coleccionista brasileño Benjamín Muñiz Barreto. Se reunió un total de 12000 piezas, varias tradiciones orales acerca de los “antiguos”, dibujos y fotografías de los principales lugares y estructuras encontradas. En el año 1931 fue depositada en el Museo de La Plata y posteriormente, en 1933, comprada por el Estado Nacional (Sempé 1987). Varias de las piezas provienen de diferentes lugares del Valle de Hualfín, lo cual indica que allí se realizaron trabajos muy arduos. En lo que respecta a nuestra zona de estudio, entre los años 1927 y 1928 (10^o expedición), trabajaron en el cementerio situado sobre la orilla norte del arroyo La Aguada (sitio Cementerio Aguada Orilla Norte); mientras que en 1929 -después del fallecimiento de Weisser-, en el marco de la 11^o expedición, Wolters excava en el asentamiento de El Shincal varias tumbas con abundante material cerámico. Los mismos corresponderían a los estilos Belén, Belén-Inca e Inca (Raffino *et al.* 1983-1985: 437).

La colección Benjamín Muñiz Barreto (BMB) constituyó una fuente de información inestimable a partir de la cual, y en conjunción con las investigaciones en el terreno, se pudo establecer la comprensión de la historia prehispánica del NOA.

En la década de 1950 el Dr. Alberto Rex González comienza con una serie de investigaciones sistemáticas en diferentes lugares del Valle de Hualfín. Estas consistieron en prospecciones, excavaciones y varios análisis cronológicos (C-14) de corte comparativo (González 1957, 1963, 1966, 1979a [1957], 1981a [1957], 1981b [1959], 1981c [1960]). Este aporte, complementado con el estudio sistemático de la colección BMB, constituyó la base para la primera secuencia cronológica del NOA, cuya síntesis -después de sucesivos intentos, modificaciones, interpolaciones e inversión de términos- fue publicada en las Actas del I Congreso de Arqueología Argentina realizado en el año 1970 (González y Cowgill 1975: 383-404). Actualmente, dicho cuadro crono-cultural se sigue teniendo en cuenta con fines organizativos para el Valle de Hualfín y su área de influencia, por lo que constituirá el cuadro de referencia en este trabajo.

Otra de las grandes contribuciones de Rex González a la arqueología de nuestro país, y en lo que al Valle de Hualfín se refiere, se vincula con el empleo de una herramienta metodológica insuperablemente adecuada para el estudio de áreas extensas de terreno. Fue parte del progreso técnico-científico de la época y estaba relacionada con las aplicaciones de la aeronáutica a investigaciones científicas puras o aplicadas. La misma consistió en el uso de la fotografía aérea cuyo fin, entre otros, era tratar de reconocer estructuras arqueológicas, poder elaborar con mayor precisión estrategias de prospección y muestreo y favorecer la elaboración de mapas topográficos (González 1952, 1956a).

Desde fines de la década de 1970 han tenido lugar las investigaciones dirigidas por Rodolfo Raffino. Estas comprenden los sectores medio y meridional del Valle de Hualfín, la Sierra de Zapata y la precordillera del occidente de Catamarca. Las mismas se prolongan hasta el presente, pero dirigidas por varios de sus discípulos y, en algunos casos, concentradas en sitios específicos. De este modo, se encuentran los licenciados Julieta Lynch y Darío Iturriza en el sector septentrional del valle en los sitios Hualfín Inka y Pozo Verde, respectivamente; el Dr. Marco Giovannetti centrado en la reconstrucción arqueológica de las actividades productivas de los sitios El Shincal de Quimivil y Los Colorados, este último situado en el cordón homónimo próximo al interfluvio de la Sierra de Zapata; la licenciada Guillermina Couso centrada en los procesos de producción alfarera en El Shincal de Quimivil; y quien suscribe, con un estudio de alcance regional acerca del sistema vial en El Shincal y zonas de influencia.

La temática abordada, publicada en varias obras de síntesis, incluye problemáticas diversas tales como arquitectura y urbanismo indígena, impacto ambiental, etnohistoria, bioantropología y ecología regional, todas ellas articuladas en torno a la historia regional con especial énfasis en el período Inka en la región. Asimismo, la puesta en valor, publicación, difusión y defensa del patrimonio arqueológico a través de diferentes aportes, realizados en el ámbito nacional y provincial (Raffino 1981, 1993, 1995, 1996, 1999, 2004, 2007 [1988, 1991]; Raffino *et al.* 1983-1985, 1994, 1996, 1997, 2000, 2002, 2008, 2009, 2010).

Es importante destacar los trabajos de campo realizados en la localidad de Azampay dentro de un contexto regional que también incluye a las localidades de La Ciénaga y La Aguada, donde se encuentran densas ocupaciones pertenecientes a los períodos Temprano y Medio de la secuencia cultural del Noroeste Argentino, y a los sitios Belén del departamento homónimo (Sempé *et al.* 2005, pp. 19). Estos trabajos dieron comienzo hacia finales de la década de 1970, dirigidos por la Dra. Carlota Sempé, y continúan hasta el presente, conformando teórica y metodológicamente tanto un aporte intradisciplinar (antropología social, antropología biológica y arqueología), como interdisciplinar (historia, derecho, sociología, medicina y odontología) en la arqueología del Valle de Hualfín, preferentemente

a lo que a ocupaciones preincaicas se refiere. Los resultados de los análisis respectivos realizados por un grupo de investigadores entre los cuales encontramos a Susana Salceda, Marta Mafia, Graciela Méndez, Bárbara Balesta, Nora Zagorodny, Luis Dulout, Federico Wynveldt, María Emilia Iucci, Leandro Fantuzzi, Marina Flores, Celeste Valencia, Juliana Alosilla, entre otros, se han presentado en diversas publicaciones y reuniones científicas (Balesta y Wynveldt 2010; Sempé 1977, 1981, 1999a, 1999b; Sempé *et al.* 2005; Wynveldt 2009; Wynveldt y Balesta 2009, 2010; entre otras).

La arqueología del NOA ha podido demostrar que gran parte de sus valles longitudinales y transversales han constituido importantes zonas de comunicación y tránsito. Al respecto, se han encontrado, y se siguen encontrando, numerosas manifestaciones de contactos interculturales hacia ambos lados de la Cordillera de los Andes; ya sea de E a O entre el NOA y la región de San Pedro de Atacama, como de N a S, entre Perú y la Argentina. Centralizándonos en el Valle de Hualfín y zonas aledañas, se han evidenciado influencias recíprocas entre las culturas Condorhuasi, San Francisco (Provincia de Jujuy), San Pedro de Atacama (Chile), Candelaria y Tebenquiche. Estos contactos pudieron darse siguiendo una vía que comunicara el este de Salta y Jujuy por el valle de Lerma y la quebrada de Las Conchas con el norte del valle de Santa María y también, a través del primer valle mencionado, con el altiplano argentino-chileno (Heredia *et al.* 1974).

Si hacemos énfasis en la problemática del Horizonte Inka en nuestra zona de estudio, son tres los sitios que presentan una clara ocupación incaica: Hualfín Inka en la localidad de Hualfín, cabecera norte del valle homónimo, (Bruch 1904; Lissa y Lynch 2009; Lynch *et al.* 2007a, 2007b; Lynch y Páez 2009; Lynch 2010; Lynch y Lynch 2010; Páez y Lynch 2010; Raffino *et al.* 1983-1985; Raffino 2007); Quillay Wayras y Quillay Tampu en el sector medio del mismo valle (González 1957; Raffino *et al.* 1996) y El Shincal de Quimivil ubicado más al sur en la localidad de Londres, sobre el cono aluvial del río homónimo (Furque 1900; González 1966; Lafone Quevedo 1887; Quiroga 1992 [1897]; Raffino 1981, 2004). También es necesario agregar la presencia de enterratorios de contacto (Belén-Inka) y otros puramente incaicos en el cementerio de la Aguada Orilla Norte, en Palo Blanco y San Fernando, y las estructuras de segura filiación incaica en Cerrito Colorado y Agua Verde (Moralejo *et al.* 2010; Sempé 2005).

No hay que olvidarse del hallazgo de cinco tumbas con componentes Belén, Sanagasta, Famabalasto e Inka en Chañar Yaco, un sector muy cercano a nuestra zona de estudio que guarda estrecha relación con el Valle de Hualfín (Lafone Quevedo 1891, 1892; Moralejo 2010; Williams 1995).

1. 2. Cuadro cronológico y cultural para el Valle de Hualfín y zonas aledañas

Teniendo en cuenta la división en áreas naturales y culturales, la zona de estudio de esta tesis pertenece a la región Valliserrana (1979b: 3) o al tipo ecológico de Valles y Quebradas -variante 1: valles amplios, bajos y templados- (Raffino 1975: 30-33), dentro la subárea N. O. Argentino del Área Andina Meridional (González y Pérez 1966: 244).

Anteriormente, dijimos que González y Cowgill habían presentado una secuencia cronológica para el Valle de Hualfín en 1975. Esta fue elaborada bajo parámetros temporo-espaciales teniendo en cuenta una serie de fechados absolutos y correlaciones de tumbas en sitios y pruebas estratigráficas. Este cuadro divide a las culturas en Precerámicas y Agroalfareras, subdividiendo a su vez estas últimas en cinco períodos: Temprano, Medio, Tardío, Hispano-Indígena y Colonial. Cada periodo cronológico incluye diversos sitios, algunos de los cuales se transformaron en los sitios epónimos de la secuencia maestra. Entre ellos se destacan: Condorhuasi, La Ciénaga, La Aguada y Belén.

Considerando la proximidad, continuidad geográfica y superposición (de algunos sectores) de nuestra zona de estudio con el valle mencionado, optamos por tomar dicho esquema cultural y cronológico como cuadro de referencia (Figura IV.1). Es decir, nuestra intención no es proyectarlo de forma indeliberada a la región en estudio, sino que nos sirva como transferencia de un modelo al cual debemos investigar (Bourdieu 1990; Scattolin 2006). Desde ya, que ese no será nuestro objetivo hasta tanto no se realice un análisis espacial exhaustivo que, al menos, nos permita realizar comparaciones razonables.

| | ERA | PERIODO | CULTURA | FACIE | SITIO O HALLAZGOS | |
|------|---------------------------------------|-------------------|------------------|-------------------------------|---|--|
| 1700 | INCA - HISPANO - INDIGENA COLONIAL | INDIGENA COLONIAL | COLONIAL | | | |
| 1600 | | | HISPANO INDIGENA | 1535-1685 | | |
| 1500 | | | INCA BELEN III | SHINCAL 1480-1535 | SHINCAL - SITIOS - A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z | |
| 1400 | TARDIO | INDIGENA COLONIAL | II | CERRITO COLORADO 1250-1480 | CERRITO COLORADO, ASAMBY, PULO DE ANZO, CORTAL DE RAMAS, WEDDICH, EL MOLINO, DAMONCO, LA MOLINA, NUEVO EL REO | |
| 1300 | | | BELEN | | | |
| 1200 | | | | CORRAL DE RAMAS 1000-1250 | CORRAL DE RAMAS | |
| 1100 | AGRO ALFARERA | TARDIO | I | | | |
| 1000 | | | | HUALFIN | AGUA VERDE 800-1000 | QUITSCHI TA, CEMENTERIO DE LA SIERRA BLANCA, AGUA VERDE, SI. VIC. III, 38 WILLAVI |
| 900 | | | | II | TUCUMANAD 700-800 | TUCUMANAD, CUYO, ZAPICO, LOMA DE WELLES, LA CIENAGA 3-36 |
| 800 | MEDIO | TARDIO | I | LOMA LARGA 600-700 | DAMONCO, DAGON, LOMA LARGA, RIO DIABLO 3-3 | |
| 700 | | | III | CASA VIEJA 450-600 | LA CIENAGA CEMENTERIOS | |
| 600 | | | | II | CIENAGA | LA CIENAGA CEMENTERIOS |
| 500 | TEMPRANO | MEDIO | I | QUITSCHI 300-450 | | |
| 400 | | | | I | RIO LA MANGA 200-300 | RIO LA MANGA (DIO 1-11), LA CIENAGA CEMENTERIO DE AGUA DE LAS PALMAS |
| 300 | | | | II | LAS BARRANCAS 100-200 | WILLA NORTE, WARRON, AGUA DE LAS PALMAS, DAGON - WILLAVI, AGUA VERDE |
| 200 | TEMPRANO | MEDIO | I | CONDORHUASI | WILLAVI, SI. VIC. 3-31 CEMENTERIOS 31-31A | |
| 100 | | | | I | RIO DIABLO 200 AC - 100 DC | |
| 0 | | | | | | |

Figura IV.1. Cuadro crono-cultural de referencia para nuestra zona de estudio (Tomado de González y Cowgill 1975, figura 2).

Nuestra investigación está basada en la variación espacial en torno a un elemento del paisaje durante un lapso cronológico determinado: las vías de comunicación incaicas y los sitios asociados. De modo tal que no nos detendremos en la explicación de cada uno de los períodos y/o eventos culturales a los cuales se hizo referencia con el cuadro. Por el contrario, y en función de los objetivos de esta tesis, resulta primordial comenzar a delinear la importancia y significado de los caminos en relación a la expansión territorial de los Inkas. Pero para ello será necesario introducirse en ciertos aspectos de la cultura que fueron forjando su organización social, política y económica.

2. Los Inkas y la organización social del paisaje

El Imperio Inka se desarrolló a lo largo de la cordillera de los Andes en Sudamérica desde el Pucará de Rumicucho, al norte de Quito (Ecuador), hasta Ranchillos en el valle de Uspallata (Argentina) y Cerro de la Compañía en el río Cachapoal (Chile). De este a oeste, ocupaba desde el ecotono formado por las yungas y la floresta amazónica hasta la costa del Pacífico. Esto conformaba una extensión aproximada de 1.700.000 km² (Raffino 2007: 373) (Figura IV.2)

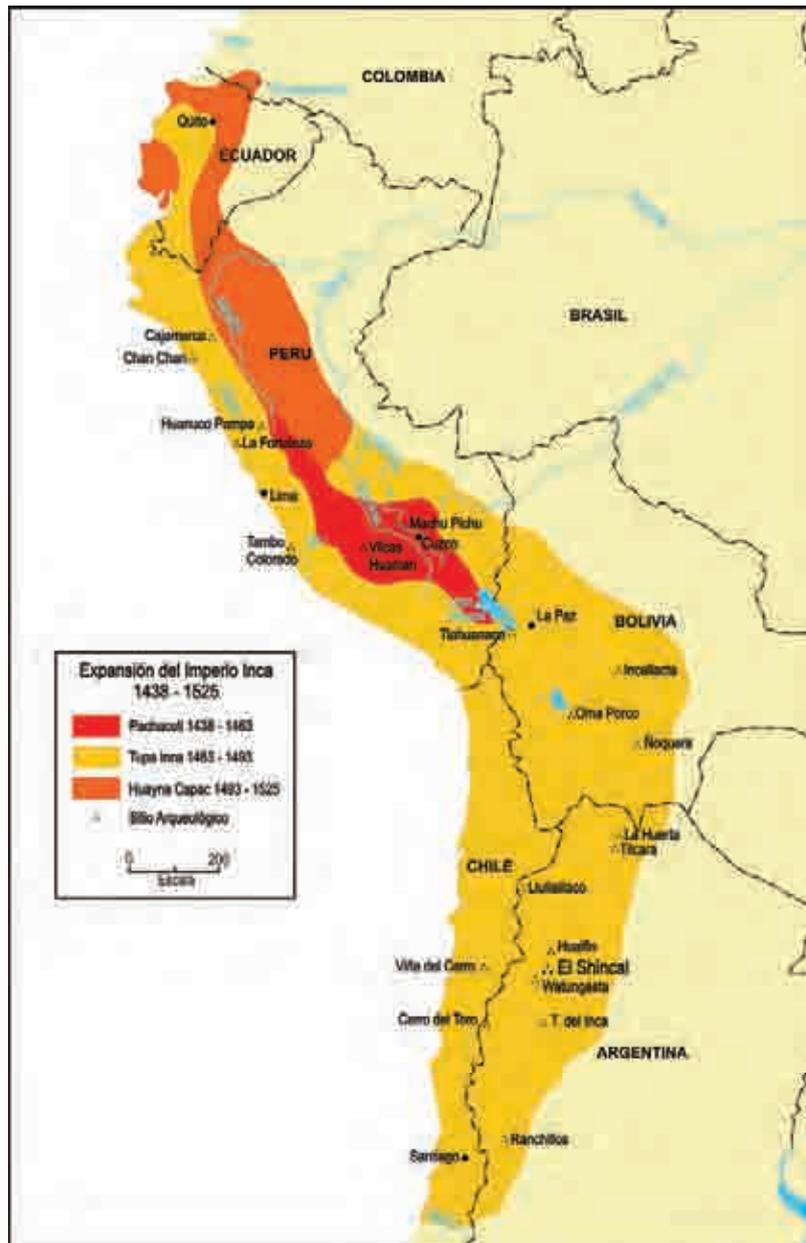


Figura IV.2. Mapa de extensión del *Tawantinsuyu*
(Tomado de Raffino 2007: 301, figura 7.1).

El espacio geográfico estaba concebido y dividido en cuatro unidades geopolíticas denominadas *suyus* o cuartos, correspondientes a los principales grupos étnicos locales dominados (Williams 2002). Éstos irradiaban desde una capital o centro político y cósmico denominado Cusco. Este territorio conformaba el *Tawantinsuyu* (“Las Cuatro Partes Unidas”). Al noroeste del Cusco se hallaba la región del *Chinchaysuyu*, formada por la costa norte y la sierra de Perú extendiéndose al Ecuador. Era la más poblada de las cuatro partes y tomaba el nombre de la etnia chincha de la costa de Perú. Al nordeste del Cusco se hallaba el *Antisuyu*, éste incluía las laderas orientales del sur de los Andes Centrales y las altas cuencas del río Amazonas. Se denominaba así por los templados bosques de la montaña, conocida como los Andes según la forma española. Hacia el sudeste se ubicaba el

Kollasuyu, comprendiendo el lago Titicaca, gran parte de la actual Bolivia, norte de Chile y noroeste de Argentina. Esta sección era la de mayor extensión geográfica y su nombre se debía a los pueblos qolla que habitaban en la banda norte del lago Titicaca. Por último, hacia el sur y suroeste del Cusco se encontraba la parte de menor extensión, el *Cuntisuyu*, que abarcaba la costa sur-central de Perú y Arequipa (D'Altroy 2003) (Figura IV.3).

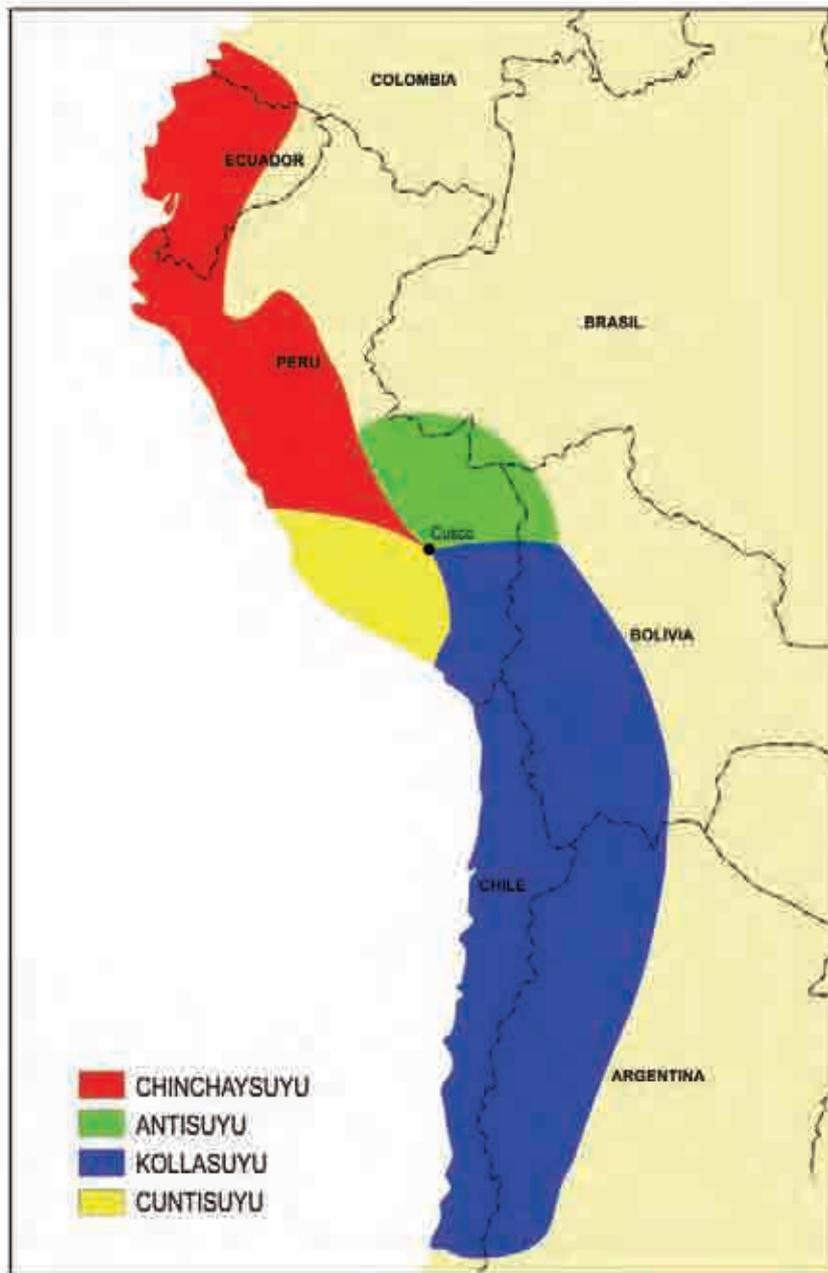


Figura IV.3. Representación de la división espacial del *Tawantinsuyu*.
(Tomado y redibujado de Ibarra Grasso 1978: 109)

Una de las características destacadas de la sociedad Inka es que su estructura social estaba representada en su espacialidad. Esta organización se vio reflejada en la estructuración del espacio tanto del Cusco, capital del imperio, como de sus alrededores.

Asimismo, habrían reproducido su organización social en los diferentes territorios conquistados, instalando asentamientos y recreando paisajes (Zuidema 1983, 1995). De este modo, una de las características más destacadas fue la presencia de una división dual, de fuerte significación religiosa, basada en las relaciones de parentesco. A su vez, estas últimas permitían cimentar las relaciones de reciprocidad (Vitry 2000b: 49). Esta bipartición respondía a los nombres de *Hanan Cusco* (Cusco de arriba) y *Hurin Cusco* (Cusco de abajo). Los grupos de *Hanan* eran más importantes; en las luchas simbólicas ejecutadas durante ciertas ceremonias religiosas, los de *Hurin Cusco* siempre resultaban vencidos (Pärssinen 1992).

Siguiendo esa estructura según la cual todo el imperio quedaba dividido en cuatro partes, el *Hanan Cusco* y el *Hurin Cusco* también contenían partes ordenadas. La mitad superior, conocida como *Hanansaya*, se dividía en dos cuadrantes, el *Chinchaysuyu* y el *Antisuyu*; mientras que la mitad inferior, *Hurinsaya*, estaba integrada por el *Kollasuyu* y el *Cuntisuyu*.

Además del dualismo y la cuatripartición, existía la tripartición: *Collana*, *Payan* y *Cayao*. Estas correspondían a tres segmentos sociales de orden jerárquico en los cuales se dividía cada una de las cuatro partes. La tripartición, según Zuidema (1995), fue el principio de división sociopolítica de mayor importancia en la sociedad Inka. Según el contexto podían representar varias cosas: *Collana* eran los Inkas y su linaje, *Cayao* designaba a la población dominada no incaica, mientras que *Payan* representaba a un grupo mixto entre *Collana* y *Cayao* (Wachtel 1973: 36-44).

En cada sección de la división tripartita existía una *panaca* y un *ayllu*. Ambos se referían a un principio de división pentapartita en donde el Cusco quedaba dividido en diez panacas y diez ayllus (Zuidema 1995).

Las tres representaciones de la estructura cusqueña estaban expresadas en el sistema de *ceques*. Se trataba de un sistema formal de organización de todas las huacas del Cusco y sus alrededores. También reflejaba la organización política poniendo, inclusive, a los distintos grupos sociales dentro del sistema calendárico (Zuidema 1968). Dichas huacas o santuarios podían ser rocas, manantiales, canales, montañas, casas y todos aquellos puntos del paisaje que se consideraban sagrados. Existían así 41 líneas imaginarias o *ceques* que irradiaban desde el *Korikancha* (Templo del Sol), ubicado en el centro de la ciudad, hacia los diversos santuarios de los alrededores (Cobo [1653] 1892).

El sistema de *ceques* actuaba de alguna manera como reflejo de la organización social y como ayuda memoria sobre las diferentes jerarquías sociales (Acuto 1999).

La organización social de los Inkas no puede analizarse sin tomar en cuenta su religión. Solo para mencionar algunos ejemplos, las campañas militares se emprendían llevando ídolos en la mano; las grandes victorias se atribuían a la intervención divina; los presagios dictaban la selección de cónyuges, los derechos de sucesión y el momento en que se

iniciaban las batallas, entre otros. Igualmente, construían templos dedicados a sus deidades tanto en la capital, como en las provincias, dando muestras de devoción en festivales públicos (Niles 1993).

El paisaje sagrado de los Inkas, compuesto por diferentes materialidades que representaban su historia mítica, canalizaba distintos estamentos de su sociedad como la conquista, administración, dominación militar y organización socioeconómica de las regiones ocupadas. En este sentido, en un mismo espacio físico se podían generar paisajes superpuestos. Un ejemplo de esto lo constituye el trabajo de Farrington (1992), donde sostiene que en el Cusco los Inkas construyeron un “paisaje ritual” compuesto por esculturas de piedra (*carved rocks*), manantiales, fuentes, reservorios, canales y laderas aterrazadas. Al mismo tiempo, constituía un “paisaje agrícola” con canales de irrigación, reservorios de agua, terrazas e, incluso, campos drenados.

La organización social andina de los inkas se basaba en los *ayllu*, que era la célula fundamental, formada por el conjunto de descendientes de un antepasado común. En la actualidad subsiste como organización social básica de las comunidades campesinas de Ecuador, Bolivia, Perú y Chile. También se caracterizaban por el trabajo comunitario y solidario (Academia Mayor de la Lengua Quechua 1995: 37). Este tipo de organización era proyectada en las provincias bajo los principios de reciprocidad y redistribución. La intención era adecuar las instituciones precedentes en un esquema centralizador, pero respetando las particularidades locales (Murra 1978: 62-81).

El principio de reciprocidad presidía los vínculos de parentesco de los miembros de las comunidades rurales (o *ayllu*). Estos eran de carácter simétrico e igualitario (Wachtel 1993). La redistribución, por su parte, era de carácter jerárquico. Estaba canalizada a través del Estado quien absorbía las prestaciones que le debían sus súbditos y a quienes, al mismo tiempo, hacía beneficiarios de los productos de su trabajo. De esta forma, suponía un doble movimiento, centrípeto y centrífugo (Wachtel *op. cit.*).

Durante el imperio incaico se enfatizó un sistema de movilidad socio-espacial que implicaba la utilización de diferentes espacios geográficos y pisos ecológicos por parte de las poblaciones transplantadas (*mitimaes*). Los fines de estos movimientos eran de tipo económico, social y militar. Esto se conoce como la teoría del “control vertical de un máximo de pisos ecológicos” formulada por Murra (1972). Estas prácticas se extendían a las sociedades andinas desde tiempo antes, situación que fue posibilitando el surgimiento de enclaves prósperos y niveles técnicos y organizativos de desarrollo avanzados (Hinojosa Gordonava 2009). El objetivo era establecer colonias en regiones ecológicas distantes con

la finalidad de acceder a los productos del lugar. Esto les permitía diversificar los recursos sin necesidad de desarrollar el intercambio con otros grupos étnicos (Murra 1972).

Uno de los rasgos que caracterizaron al imperio, y que constituye el eje central de esta tesis, son los caminos. A través de estos estaba asegurado el flujo continuo de bienes y tributarios por todo el Imperio (Vitry 2000). Conformaban un verdadero sistema compuesto por numerosas instalaciones a lo largo de su traza. En términos generales, se puede decir que cumplían con diversas funciones relacionadas con la política de expansión y control de los Inkas. Entre ellas podemos mencionar actividades como almacenaje, consumo, vigilancia, control, peaje, religiosidad, ceremonialismo y administración en general.

3. Importancia y significado de las vías de comunicación incaicas

Nuestra investigación sobre los caminos incaicos se desarrolla en un marco espacial de tipo regional fundamentado a través de la Arqueología del Paisaje. A través de esta se intenta “*describir los procesos socio-culturales de construcción del paisaje pretérito...*” (Criado Boado *et al.* 1991: 246). Dicho enfoque trata de aunar aspectos morfológicos, funcionales, espaciales y simbólicos para el entendimiento y comprensión de los caminos y senderos incaicos.

Los caminos constituyeron un elemento fundamental de la cultura Inca, no solo estaban representados en la capital cuzqueña si no que también conformaban un rasgo muy significativo en los territorios adyacentes a la misma y en aquellos lugares que el imperio fue anexando. Así, al pasar por numerosos pueblos realizaron una tarea unificadora, apoyada por la imposición de una lengua general que permitía dar unidad al incario, una integración que fue desestructurada hacia la conquista española (Rostworowsky 1988).

La red vial tenía la particularidad de representar un complejo sistema administrativo, de transporte y comunicaciones. A través de esta se enlazaban diversas regiones, zonas de producción con centros de consumo; se movilizaban diferentes tipos de productos, poblaciones al servicio del Estado, ejércitos, dirigentes de alto rango jerárquico; entre otras cosas (Hyslop 1984; Vitry 2000b).

Además, constituía un medio en si mismo para delimitar las cuatro divisiones (cuatripartición) del Tawantinsuyu. Según Hyslop (1992), desde el Cusco salía un camino hacia cada uno de los cuatro *suyus*. Este tipo de divisiones espaciales y sociales también se observaban en otros centros incaicos emplazados en las provincias; por lo que podían existir vías de entrada y salida, u otras, que dividían a la población en grupos de personas con diferentes roles y status.

Una fuerte vinculación entre los caminos y la organización socio-espacial se manifiesta en el sistema de ceques. Como dijimos anteriormente, estas supuestas líneas eran senderos que conducían hacia lugares sagrados (Farrington 1992; Wachtel 1993; Zuidema 1995).

Lo anterior impregnaba a los caminos de un fuerte significado geográfico y ritual convirtiéndolos en elementos del paisaje, cuya comprensión iba más allá del simple tránsito. A lo largo de las rutas y a través del movimiento, la acción y la percepción se podían elaborar y reelaborar (construir y reconstruir) diferentes conjuntos de significaciones. Éstas podrían estar marcadas o señaladas en el paisaje, por lo que descifrarlas es una tarea que nos compete como arqueólogos. Por supuesto ya que no constituye un trabajo sencillo, sobre todo si consideramos que la concepción del paisaje puede variar a través del tiempo y el espacio.

Un dato interesante a tener en cuenta es acerca de la circulación por la red vial imperial. Autores como Strube Erdmann (1963), Morris (1973) y Hyslop (1992) sostienen que los caminos servían principalmente a aquellos viajeros que se ocupaban de asuntos oficiales. Esto les otorga un determinado sentido político que los diferencia de otros caminos que podían ser públicos y libres. Existen algunas referencias etnohistóricas donde se habla de la limpieza de los caminos (Cieza de León [1553] 2005: 173-174, 220-222 y 330; Cobo [1653] 1892: 265; Guamán Poma de Ayala [1584-1615] 1980: 257; Murúa [1590]: Libro 2º, cap. X; Vaca de Castro [1543] 1908: 462-464), lo cual estaría marcando la actitud especial que recibían.

En el acápite anterior hicimos referencia al modelo planteado por Murra (1972) acerca de las relaciones económicas complementarias a través de diferentes pisos ecológicos. Teniendo en cuenta que implicaba traslados parciales o totales de poblaciones humanas hacia lugares más o menos distantes, no cabría duda del papel que pudo haber jugado la configuración caminera en esta forma de movilidad.

El *Qhapaq Ñan* vinculó diferentes paisajes a lo largo de miles de kilómetros, constituyendo lo que Hyslop denominó “...la mayor evidencia arqueológica de la prehistoria americana” (Hyslop 1992: 21). De este modo no solo podemos entenderlo como un componente físico y de alta funcionalidad, si no también como un elemento de poder que fue marcando el rumbo de determinadas situaciones al momento de la expansión y que formó parte de un paisaje significativamente simbólico -por ende necesario- a la hora de crear alianzas con grupos locales. De esta manera se instituían en una verdadera “arquitectura de poder”, la cual, en palabras de John Murra, representaba “una *bandera del Estado incaico debido a su gran visibilidad y por la forma clara con la que vinculaban al individuo con la autoridad central*” (Hyslop *op. cit.*: 258).

4. Antecedentes del estudio de la vialidad incaica

El estudio de los caminos inkas ha sido abordado de diferentes maneras a lo largo del tiempo. A modo de síntesis, podríamos definir dos grandes períodos: uno de corte netamente descriptivo y otro de corte descriptivo-interpretativo.

Los primeros trabajos corresponden a cronistas (soldados, clérigos, marinos, escribas y funcionarios) al servicio de la Corona (Herrera y Tordecillas [1492-1531] 1730; Vaca de Castro [1543] 1908; Betanzos [1551] 1987; Cieza de León [1553] 2005; Murúa [1590]; Cobo [1653] 1892; Guamán Poma de Ayala [1584-1615] 1580; Matienzo [1566] 1987; Garcilaso de la Vega [1609] 1960; entre otros). Estos eran de índole descriptiva, señalando las características e importancia de los caminos como elemento de la cultura material. En esta misma línea se encuentran los trabajos posteriores de Humboldt ([1810] 1868), Nordenskiöld (1915), Raimondi (1874-1879), entre otros.

Hacia fines de la primera mitad del siglo XX comienza un periodo de importantes contribuciones científicas marcadas por avances a nivel teórico, técnico y metodológico. Trabajos como los de Aparicio (1936), Regal (1936), Levillier (1946), Strube Erdmann (1958, 1963), Von Hagen (1958), Schobinger (1962, 1986), Iribarren Charlin y Bergholz (1971), González (1980), Raffino (1981, 2007), Hyslop (1984), Beck (1991), Earle (1991), Hassig (1991), Trombold (1991), Bárcena (1979, 1988, 1991a, 1991b, 1992, 2001, 2007), Stehberg (1995), Vitry (2000a, 2000b, 2004a, 2004b, 2010), Kriscautzky (*et al.* 2001; 2010), Martín (2002, 2002-2005), Castro *et al.* (2004), Berenguer *et al.* (2005), Nielsen *et al.* (2006), entre otros, se originan sobre la base de un manejo eficiente de fuentes históricas, etnohistóricas y registros arqueológicos. A este proceso acumulativo de conocimiento podríamos sumarle la postulación ante la UNESCO con el objetivo de ser declarado Patrimonio de la Humanidad, situación que ha provocado nuevas hipótesis de trabajo (Vitry 2004a).

Dentro del segundo período mencionado se podrían enfatizar algunos trabajos que fueron pioneros en cuanto al buen manejo de la información histórica, etnohistórica y arqueológica para la reconstrucción del sistema vial.

Por un lado, tenemos la obra de Alberto Regal (1936), *Los Caminos del Inca en el Antiguo Perú*, donde reconstruye gran parte de esta vasta red a partir de fuentes escritas del siglo XVI, informes de arqueólogos, geógrafos, historiadores e ingenieros. Se trata del primer estudio detallado y documentado del sistema para el territorio peruano, dejando prácticamente afuera al Noroeste Argentino. Esto último se debía principalmente a la falta de bibliografía detallada, sobre todo a fuentes etnohistóricas, para el sur del Imperio (Hyslop 1992).

Posteriormente, aparece un trabajo más detallado y documentado, *Vialidad Imperial de los Incas*, llevado a cabo por el padre León Strube Erdmann (1963). Esta obra se basa en el estudio de fuentes escritas antiguas y nuevas, rastreando cada camino y cada tambo a lo largo del imperio. Reconstruye así cerca de 20.700 km de caminos, donde incluía una fuerte evidencia documental para Chile y Argentina. Hacia 1984, fecha en que Hyslop escribe su obra principal sobre caminos, el trabajo de Strube Erdmann continuaba marcando un hito en la temática.

Un aporte más reciente, y que al día de hoy continúa siendo usado por muchos investigadores, es el trabajo de John Hyslop (1984), *The Inka Road System*. Esta publicación fue parcialmente traducida al castellano en 1992 por el Instituto Andino de Estudios Arqueológicos de Lima (Perú). Lo que destaca a esta obra, además del uso de fuentes escritas y bibliografía arqueológica, son los estudios de campo a través de varias regiones del *Tawantinsuyu*; lo que le permitió no solo concentrarse en los caminos principales, sino también en los secundarios o transversales. De este modo, pudo agregar más tramos de caminos que nunca antes habían sido considerados, e inclusive descartar algunos propuestos por Strube Erdmann (1963)¹.

Finalmente, quisiéramos mencionar la obra de Rodolfo Raffino (1981), *Los Inkas del Kollasuyu*, donde realiza un trabajo sistemático sobre los caminos y sitios inkas del NOA brindando información inédita para la época; y que en cierta manera complementó las obras anteriores. A través de los últimos años, este autor ha ido aportando más datos sobre la vialidad imperial que se pueden ver en el mapa de la Figura IV.4. Para ello se basó en sus propias investigaciones (Raffino 1981, [1988] 2007, 1993) y en información procedentes de otros autores (Bárcena 2001; Hyslop 1984; Stehberg 1995).

¹ Para ello también se valió de una reseña realizada por Schobinger (1962-1963).

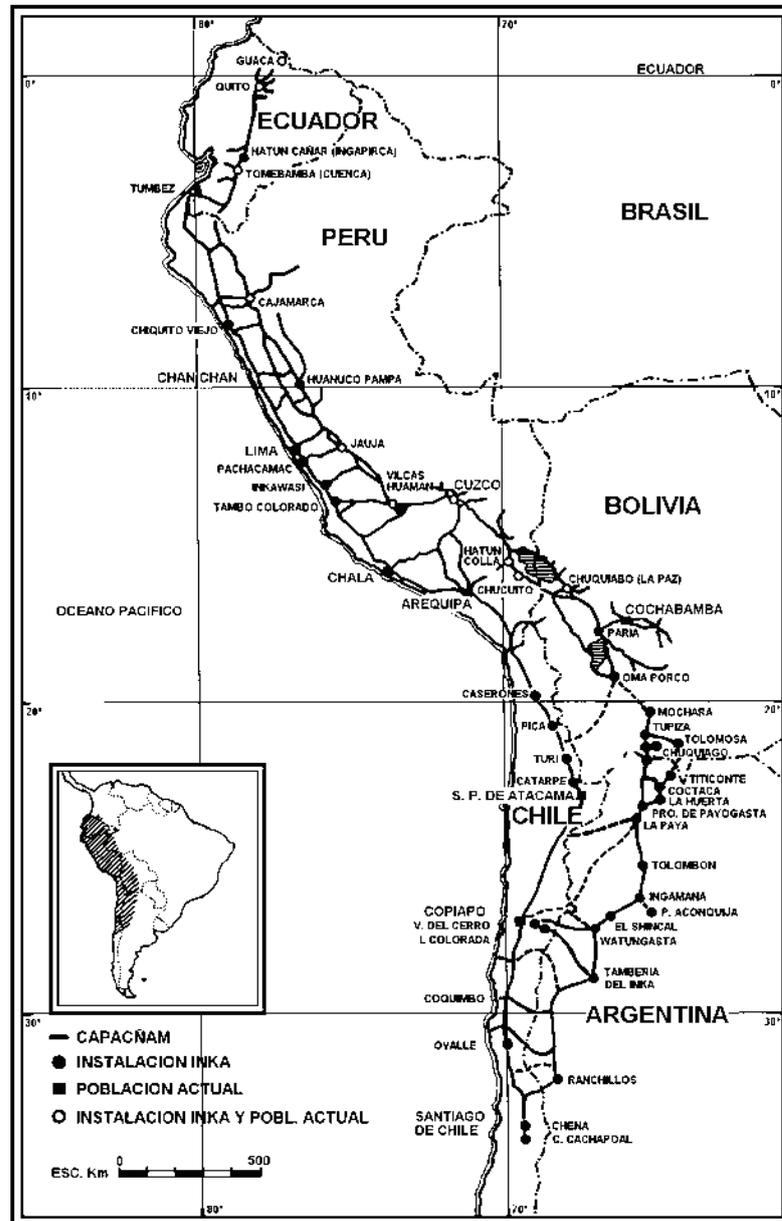


Figura IV.4. Mapa general de los caminos y principales sitios incaicos
(Tomado de Raffino 2004: 26, figura 2)

En la actualidad, no son muchos los investigadores que se dedican al estudio formal de los caminos incaicos, algunos de ellos serán nombrados cuando nos refiramos a los antecedentes específicos del área de estudio y zonas aledañas. Pero aquí quisiéramos resaltar los aportes de Sergio Martín (2002, 2002-2005) para la sierra de Famatina en La Rioja y Christian Vitry (2000b, 2004a) para el sector central de la provincia de Salta, trabajos

que fueron tomados como referentes por su rigurosidad metodológica e interpretativa en lo que hace al examen micro y macromorfológico de la red vial.

No es nuestra intención aquí realizar una revisión de toda la bibliografía etnohistórica y arqueológica que existe en relación a los caminos incaicos. Si bien creemos que sería sumamente significativo, ello constituiría una investigación en si misma. Basta sólo con mencionar algunos de ellos, tal como se hizo en los párrafos anteriores, que han aportado de alguna u otra manera a este trabajo de tesis.

4. 1. El sistema vial: tambos y *chasquiwasi*

La red vial Inka conectaba las fronteras del imperio con diferentes centros políticos-administrativos. A su vera se hallaban los tambos o *tampus* que constituían una parte complementaria de este sistema. Se trata de construcciones con sus servicios para el alojamiento de quienes iban por la rutas de un punto a otro, de caravanas para el transporte de productos y de ejércitos en transito; por tanto se hallaban regularmente a un día de camino, el cual podía variar según como veremos mas adelante. Había tambos de diferente tamaño y forma, porque eso dependía de su ubicación y del tipo y número de personal a que se orientaba su atención. Muchos, también, servían de centros administrativos, productivos y aun militares. Dentro de ellos se pueden encontrar diferentes tipos de construcciones, como kanchas, kallankas, collcas (Raffino 1981).

Esta red vial se extendía por una distancia de más de 5000 km en sentido norte-sur y alrededor de 400 km en sentido este-oeste (Raffino 2006).

Según el mapa vial elaborado por Hyslop (1984) habrían existido, por lo menos, tres caminos troncales:

1. El primero bordeaba el Pacífico, uniendo todos los pueblos costeros desde Tumbes, en la costa norte de Perú, hasta el río Maule, en la costa chilena. Este tenía una desviación directa hacia el Cusco.
2. El segundo partía de Pasto, en la actual Colombia, seguía por Quito, para continuar por Cajamarca, Huanuco Pampa y así llegar a Cusco. De cada punto más o menos importante de este eje se desprendían vías hacia la costa, empalmando con el camino costero. También, existían vías que tomando la ruta oriental arribaban a sitios que permitían el acceso a los caminos de la selva del Antisuyu (o amazónica).
3. El tercero partía del Cusco y seguía la ruta altiplánica hacia Hatun-colla y Chuquiabo (hoy La Paz, capital de Bolivia), desde donde seguía por Cochabamba y luego Tupiza, Salta (en territorio argentino), La Paya, Ranchillos y Mendoza.

4. 1. 1. Antecedentes etnohistóricos

La conquista española se vio favorecida, desde un primer momento, por el uso inmediato de los caminos y tambos construidos por los Inkas. Según López de Velasco ([1571-1574]

1971: 203) los tambos eran *“suntuosos aposentos proveídos de comidas y ropas y calzados para la gente de guerra que por ellos caminaba”*. Al respecto, Agustín de Zarate ([1543] 1946: 540), añade: *“Demás de la obra y gasto destes caminos, mandó Guaynacaba que en el de la sierra, de jornada a jornada, se hiciesen unos palacios de muy grandes anchuras y aposentos, donde pudiese caber su persona y casa, con todo su ejército, y en el de los llanos otros semejantes, aunque no podían hacer tan menudos y espesos como los de la sierra, sino a la orilla de los ríos”*.

La construcción de esta vasta red caminera se debe tanto a Topa Inka Yupanqui como a su hijo Wayna Cápac. Los cronistas Pachacuti Yamqui Salcamaygua (1613) y Oliva (1631) coinciden con Ortega Morejón y Castro cuando atribuyen a Topa Inka ser el artífice y gestor de esta red vial: *“...mando en toda la tierra se hiziesen caminos que llaman capañan que quiere dezir camino real mando q(ue) le hiziesen casa en cada valle y le señalasen chacaras y le diesen mugeres hizo haer tanbos reales y hizo casas de agras...”* (Ortega Morejón y Castro [1558] 1974: 94). Betanzos al respecto dice que este Inka, refiriéndose a Topa Inka, *“como fuese ganando las provincias fuese poniendo postas juntas unas de otras por todo el camino por do pasase”* (Betanzos [1551] 1987: 113). Por otra parte existen cronistas como López de Gómara (1552), Contreras y Valverde (1649) que señalan que Wayna Cápac fue quien se encargó de continuar con la obra de su padre: *“Guainicapa lo alargó y restauró, y no lo hizo, como algunos dicen; que cosa vieja es, y que no la pudiera acabar en su vida”* (López de Gómara [1552] 1979: 282) (Cantín y Villca 1999: 15-16).

En cuanto a las distancias existentes entre los diferentes lugares de asentamiento a la vera del camino, los antecedentes son imprecisos² pero marcan una concertada equidistancia entre los mismos. Molina –El Almagrista- ([1552] 1968: 68) se refiere a ello cuando dice que *“algunas partes de este camino especialmente desde la ciudad el Cusco adelante, hacia el Estrecho de Magallanes y provincias de Chile, va señalado en el camino la media legua; por manera que sin reloj ni otra cuenta sabe el hombre a cada paso adónde va y lo ha caminado”*. Murúa ([1590]: Libro 2º, cap. VIII) señala que los chasquis *“...estaban en los caminos, a trechos cada uno cuanto un tiro de ballesta, y algunas veces más cercanos, y otros había a media legua...”*. Juan de Matienzo (1566), oidor de Charcas, en una carta de 1566 describe el itinerario de Charcas hacia Santiago del Estero y expresaba *“...hay pueblos de indios chichas y de otras naciones, y tamberías del Inga, de que no se ha hecho*

² La ambigüedad entre los cronistas quizás se debió al hecho de no diferenciar un tambo de un *chasquiwasí*, lo que implicó la variación, y por ende posterior reducción, del cálculo de las distancias entre los sitios de una ruta determinada. En los tambos residían varias personas y se encargaban de la producción de bienes, administración local, actividades ceremoniales y militares, explotación de recursos según las necesidades del Imperio (Hyslop 1992: 144). Por su parte los chasquiwasí eran moradas más chicas ubicadas a distancias más cercanas que los tambos, podían albergar hasta cuatro personas y servían de refugio a los transeúntes y mensajeros (Cantín y Villca 1999: 17).

mencion, todas con agua, yerba y leña, y casas y paredones descubiertos; porque todas las jornadas del Inga son de tres leguas, y la que más de cuatro; y en los tambos que no se ha dicho que hay indios, apaciguada la tierra, podrían salir los indios comarcanos a servir, como se hace en Perú y lo hacían ellos mismos en el tiempo del Inga, por que están sus pueblos cercanos del camino, a dos, y a tres, y a seis leguas, el que más lejos” (Berberian 1987: 208). Por otro lado, Zarate ([1543] 1946: 540) informa que estos tambos “*están apartados ocho a diez leguas, y en partes quince y veinte*”.

El Inca Garcilaso de la Vega ([1609] 1976, T. II: 22) al describir el posible funcionamiento de los chasquis dice que “*...tenían a cada cuarto de legua cuatro o seis indios mozos y ligeros, los cuales estaban en dos chozas para repararse de las inclemencias del cielo. Llevaban los recaudos por su vez, ya los de una choza, ya los de la otra; los unos miraban a la parte del camino, y los otros a la otra, para descubrir los mensajeros antes que llegasen a ellos, y apercibirse para tomar el recaudo, porque no se perdiese tiempo alguno. Y para esto ponían siempre las chozas en alto, y también las ponían de manera que se viesen las unas a las otras. Estaban a cuarto de legua, porque decían que aquello era lo que un indio podía correr con ligereza y aliento sin cansarse*”. Al respecto, Murúa ([1590]: Libro 2º, cap. VIII) añade “*Caminaban corriendo y, cuando menos, quince o diez y seis leguas cada día y las leguas son larguísimas, según la cuenta del Ynga, porque llegan de cinco a seis mil pasos, y por caminos tan fragosos y ásperos, de cuestras y bajadas tan difíciles, era mucho*”.

Pedro de Cieza de León ([1553] 2005: 345), quien sostiene que “*...los Ingas inventaron las postas, que fue lo mejor que se pudo pensar ni imaginar...*”, habla sobre la disposición de pequeñas casas cada media legua en las cuales Inca Yupanqui “*...mandose que en cada uno de ellos estuviesen dos indios con bastimento y que estos indios fuesen puestos por los pueblos comarcanos y que no estuviesen estantes sino, de tiempo a tiempo, que fuesen unos y viniesen otros*” (Cieza de León [1553] 2005: 345).

Es evidente que el servicio de chasqui era muy eficiente, al punto de que “*en quince días y menos venían desde Chile, y desde Quito a Cusco*” (Fernández [1571] 1963: 81) o como dice Alonso de Borregan ([1565] 1968: 466) “*era menester de enviar algún aviso que en quince días fuese a Chile con el recado y en otros quince volviese*”. A lo que Betanzos ([1551] 1987: 113) agrega: “*en ocho días sabía el Ynga en la ciudad del Cusco lo que se hacía en el Quito y sus provincias que son mas de trecientas leguas las que hay del Quito al Cusco y asimismo le llevaban el pescado fresco en tres días desde la costa al Cusco, que son ciento veinte leguas*”.

En su *Historia del Nuevo Mundo* el Padre Bernabé Cobo ([1553] 1892: 268-269) sostiene que un chasqui podía correr hasta 50 leguas en un día normal, por lo cual “...en tiempo de los Incas, con todo eso, han llevado cartas desta ciudad de Lima á la del Cusco en tres días, que son ciento y cuarenta leguas de muy mal camino de sierras muy dobladas, en que tardan ahora los correos españoles de á caballo de doce á trece días”. Martín de Murúa ([1590]: Libro 2º, capítulo VIII) también señala que “Cuando el Ynga quería comer pescado fresco de la mar, con haber setenta u ochenta leguas desde la costa al Cusco, donde él residió, se lo traían vivo y buyendo, que cierto parece cosa increíble en trecho y distancia tan larga, y en caminos tan ásperos y fragosos, porque lo corrían a pie y no a caballo, pues nunca los tuvieron hasta que los españoles entraron en esta tierra. Mediante la presteza de estos chasquis, tenía aviso el Ynga de lo que sucedía en Quito, en Chile, en los Chiriguanaes, Chunchos, Guancabilcas, Pastos y otras provincias”.

Otra forma de funcionar que tenía este servicio era añadiendo mensajeros y dando avisos de humo y llamas “...para lo cual tenían siempre los chasquis apercebido el fuego y los hachos, y velaban perpetuamente de noche y de día por su rueda, para estar apercebidos para cualquier suceso que se ofreciese. Esta manera de aviso por los fuegos era solamente cuando había algún levantamiento y rebelión de reino o provincia grande, y hacíase para que el Inca lo supiese dentro de dos o tres horas cuando mucho (aunque fuese de quinientas o seiscientas leguas de la corte), y mandase apercebir lo necesario para cuando llegase la nueva cierta de cuál provincia o reino era el levantamiento. Éste era el oficio de los chasquis y los recaudos que llevaban” (Garcilaso de la Vega [1609] 1976, T. II: 23)

Al hacer referencia al mantenimiento de los caminos, de la misma manera como Vaca de Castro ([1543] 1908: 462-464) lo señala en sus *Ordenanzas de Tambos*, Lizárraga ([1594-1607] 1987: 247) nos informa que “El Inga y sus gobernadores tenían tanto cuidado acerca de los caminos, que siempre habían de estar limpios y aderezados; y tan anchos que casi dos carretas a la par sin estorbase la una a la otra podrían caminar. Los pueblos comarcanos a los caminos tenían cuidado de aderezarlos si se derrumban”. Murúa ([1590]: Libro 2º, cap. X), por su parte, indica que “Estos caminos, juntamente con las puentes, acequias y calzadas en los lugares lagunosos y dificultosos de pasar, tenían sumo cuidado, para aderezarlos, los curacas y principales y gobernadores puestos por el Ynga, cada uno en sus provincias y pueblos, conforme el número de indios que tenía a su cargo. Era de manera esto que en todos los caminos de Sierra y llanos, aunque fuesen pedregosos y ásperos, no había una piedra tan sola en que tropezar el caminante, ni le estorbase, ni detuviese cosa alguna, y así les era fácil caminar cualquier camino largo, y los corrían los indios chasquis sin impedimento y aun cuando el Ynga pasaba no había de haber hasta las

hojas de los árboles en el suelo, que todo estaba limpio, ni aun pajuelas consentían hubiese, porque el Ynga no los castigase”.

Otra referencia significativa es la que subrayan varios autores como Cristóbal de Molina –El Almagrista- ([1552] 1968), López de Gómara ([1552] 1979), Sarmiento de Gamboa ([1572] 1947) y Cieza de León ([1553] 2005), entre otros, sobre caminos con presencia de paredes tapiadas hacia ambos costados, sistemas de acequias y árboles ornamentales y frutales en especial el Molle (*Schinus molle*), árbol sagrado para los Incas. *“Tenían dos caminos reales del Quito al Cusco, obras costosas y notables; uno por la sierra y otro por los llanos, que duran mas de seiscientas leguas; el que iba por llano era tapiado por ambos lados, y ancho veinte y cinco pies; tiene sus acequias de agua, en que hay muchos arboles, dichos molli. El que iba por lo alto era de la misma anchura cortado en vivas peñas y hecho de cal y canto, ca o bajaban los cerros o alzaban los valles para igualar el camino; edificio, al dicho de todos, que vence las pirámides de Egipto y calzadas romanas y todas obras antiguas”* (López de Gómara [1552] 1979: 281-282).

En cuanto al abastecimiento de los tambos *“Eran estos tambos lo mismo que nuestras ventas y mesones, sólo que se servían muy de otro modo, porque no los poseía ningún particular, edificándolos la comunidad del pueblo y provincia, y tenía obligación de preservarlos enteros, limpios y proveídos de sirvientes. En ellos se alojaban los ejércitos, gobernadores y demás ministros reales, y de los depósitos que en ellos había del Inca se les daba de comer y de todo lo demás que habían menester; y los gobernadores que residían en las cabezas de provincias tenían especial cuidado de mandar á los pueblos tuviesen muy buen recaudo en ellos”* (Cobo [1553] 1892: 266-267); *“...Por entre estas dos Sierras pasaban los dos caminos, el uno que llamaban de los Ingas, por los Andes, desde Pasto, hasta Chile, que tiene 900 leguas de largo, i 25 pies calzada, i de quatro en quatro Leguas Casas muy sumptuosas, que llaman Tambos, en que havia provisión de Comida, i Vestidos, i de media a media Legua Hombres, que estaban en Postas, para llevar recados, i ordenes, de mando en mano”* (Herrera y Tordecillas [1492-1531] 1730: 35); *“Estos aposentos se llaman tambos, donde los indios en cuya jurisdicción caían, tenían hecha provisión y depósito de todas las cosas que en él había menester para proveimiento, más aún su ejército, no solamente de mantenimiento, mas aun de armas, vestidos y todas las otras cosas necesarias; tanto, que si en cada uno de estos tambos querían renovar de armas o vestidos de veinte y treinta mil hombres en su campo, lo podían hacer sin salir de casa”* (Zarate [1543] 1946: 540-541).

4. 1. 2. La evidencia arqueológica

Tal como hemos mencionado son muchos los trabajos arqueológicos que se han dedicado al estudio de los caminos incaicos. Las temáticas encontradas son variadas, evaluándose, entre otras cosas, desde los recursos disponibles y/o empleados en determinadas regiones (explotación minera, agrícola, pastoreo), hasta la localización y funcionalidad de los asentamientos, como también el tipo de relaciones existentes entre ellos y la traza de la red de comunicaciones.

La reconstrucción de los caminos incaicos requiere de un examen exhaustivo de todas aquellas variables que se relacionan con su materialización tanto en el espacio como en el tiempo. Para ello requerimos de los aportes de la etnohistoria, geografía moderna y lingüística (toponimia y tradición oral) que, al ser cotejados con los datos arqueológicos, permiten arribar a un mejor reconocimiento de los mismos.

Como se señaló anteriormente no ha habido entre los cronistas una clara diferenciación de los sitios ya sean estos tambos o chasquis, pero desde una lectura arqueológica ambos se pueden distinguir claramente, como lo hacen Niemeyer y Rivera (1983) en el despoblado de Atacama cuando señalan la presencia de estructuras mayores y menores que acompañan al Camino del Inca; las primeras corresponden a tambos y las segundas (abiertas hacia el camino) corresponden a chaskiwasi o estaciones para chasquis. Por otra parte, Raffino (1981: 210) define a los tambos como *sitios “constituidos por uno o mas R. P. C. emplazados a la vera del camino, encerrando los corrales y eventualmente provistos de depósitos o colcas para el abastecimiento”*. Al mismo tiempo, y basado en el registro etnohistórico, los diferencia de los *corpahuasi* -posadas camineras de planta rectangular o circular compuestos por 2 o 3 construcciones y de menor relevancia arquitectónica que aquellos- y de los *chasquiwasis* -pequeñas estafetas o chozas imperiales de los corredores de la posta- (Raffino *op. cit.* 211).

En cuanto a las distancias de los tambos, existen discrepancias entre los investigadores modernos. La misma se debe a diferencias en sus respectivas áreas de estudio según los factores que pudieron haber determinado la ubicación de aquellos. Al respecto se pueden mencionar la presencia de agua y de terrenos circundantes productivos, terrenos anegadizos, la presencia de poblaciones locales y centros preincaicos, facilidad de viaje, distancia de la mano de obra local, condiciones para el tráfico caravanero y para los viajes reales (Hyslop 1992). Tomamos algunos ejemplos para el Norte Chico de Chile donde Iribarren Charlin y Bergholz (1971) han asignado entre 4 y 9,5 km la distancia entre las postas; en el Valle de Uspallata y alrededores (Mendoza, Argentina), Bárcena (1979) estima la misma en 22,5 a 25 km. Raffino (1981) sostiene que la distancia variaba de acuerdo a la topografía, pero generalmente se ubican a una jornada de marcha de 40 km en zonas llanas y 20 km en paisajes más accidentados; teniendo en cuenta también la presencia de posadas

menores, postas de correo u otras construcciones en zona intermedia. Mostny (1971) aporta distancias de seis leguas para un día de marcha, mientras que Hyslop (1992) a partir de los estudios realizados por el Proyecto Caminos Inkaicos en Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y Chile, entre los años 1978 y 1981, manifiesta que los chasquis estaban separados por distancias promedio de 3,3 a 7,7 km dependiendo de que fueran 2 o 4 chasquis por posta. Por otro lado sostiene que los *tampus* se encuentran a distancias muy variables, desde menos de 10 hasta 42 km³, pudiendo ser recorridas por cualquier nativo andino en un día o quizás menos (Hyslop *op. cit.*).

5. Antecedentes específicos del área de estudio

Los antecedentes específicos para nuestra área de estudio corresponden a ligeras menciones y descripciones que hacen referencia a características relacionadas con la disposición geográfica y vinculación con áreas vecinas. Creemos que ello se ha relacionado con enfoques teórico-metodológicos que han priorizado el estudio de rasgos monumentales del paisaje, dejando para un futuro los estudios de tipo regional. En este sentido, hacia el año 2005, decidimos emprender esta investigación concentrada en un estudio minucioso de las trazas camineras, que confluían en El Shincal de Quimivil, y de los rasgos asociados que, de alguna u otra forma, irían otorgándoles cierto significado.

A continuación apuntaremos los escasos registros sobre la vialidad incaica en este sector de la provincia de Catamarca:

1) Alberto Rex González (1966: 23-24) sostiene que desde El Shincal de Quimivil el camino tomaba diferentes direcciones:

- Hacia el norte, comunicaba las ruinas del Simbolar⁴ con La Aguada siguiendo una senda de herradura que asciende por la quebrada del Shincal. Desde allí, sin contar con evidencias directas sobre el terreno, supone que podría continuar hacia el norte siguiendo el curso del río Hualfín o Belén hasta toparse con el sitio Quillay, para luego continuar hasta Campo del Arenal. Éste, sería entonces para Gonzalez el único camino que unía los llanos del Bolsón de Andalgalá (o Campo de Belén) con el Valle de Hualfín.
- Otro se dirigía hacia Andalgalá, donde se uniría con la ruta procedente del valle de Santa María a través del abra de Las Capillitas. Esta idea se funda en el hallazgo de ruinas de origen incaico en la región de Andalgalá, como son las de Chaquiago y Campo del Pucará.

³ La mayor parte de los tambos se ubican a distancias de entre 15 y 25 km. Algunos los encuentra espaciados de 25 a 45 km y, por lo general, presentes en desiertos o regiones áridas, donde el agua, los recursos productivos locales y la población son casi inexistentes (Hyslop 1992).

⁴ Sector que posteriormente Raffino (2004) denominó Casa del Curaca o sector Alvis.

- Hacia el sur se dirigía otro ramal en dirección a La Rioja, siguiendo el borde occidental del Bolsón de Andalgala. Según el autor se continuaría con los caminos estudiados por Aparicio (1936), Rohmeder (1949) y Greslebin (1941).
- Hacia el oeste, valiéndose de los topónimos Tambo o Tambillo, supone que el camino cruzaría la Sierra de Zapata, hasta alcanzar posiblemente una de sus postas en el sitio Watungasta descrito por Lange (1890). Luego, seguiría hacia Chile a través del paso de San Francisco.

2) León Strube Erdmann (1958: 281-283; 1963: 68; 1966) deja esbozado una serie de lugares por donde iría la ruta incaica: desde Campo del Arenal a Nacimientos, Hualfín, Ciénaga, Puerta de San José y por el desfiladero de Famayvil⁵ a Famayvil y Quinmivil⁶. Desde este último, se bifurcaría enviando un ramal hacia el oeste, pasando primero por la Aguada⁷, para luego subir la cuesta de Zapata, seguir hacia la cuestecilla de Anillaco y cruzar finalmente a La Troya, donde yacen las ruinas de Watungasta que controlaban el camino a Chile por la Cordillera.

Por otro lado, sostiene que la vía principal podría dirigirse desde Quinmivil hacia el sur por Alpasinche y Pituil hasta alcanzar el Famatina, donde se unía a los caminos hallados por Rohmeder (1941).

3) Juan Pablo Vera (1950: 107, 122, 123) publica dos mapas donde coloca al “Camino del Inca”, “Camino de Almagro” o “Camino de los Cuyanos” entre La Aguada del Norte Chico de Belén y el lugar donde estarían establecidas las ruinas del Chincal⁸ (este sería el primer ramal que menciona González (1966)).

Además, supone -en base a un análisis de fuentes históricas- la posición en un mismo lugar, sobre la vera del Río Quimivil, de las ruinas de la primera Londres de Quinmivil (1558-1562) y de la cuarta Londres o San Juan Bautista de la Paz (1612-1632). Según el autor, este punto estaría también jalonando el camino.

⁵ “Famayvil es el nombre antiguo del pueblo y río Belén” (Strube Erdmann 1966: 51). Por ende el desfiladero sería la actual quebrada de Belén.

⁶ “Quinmivil o Kilmivil es el nombre del torrente de Londres I, y seguramente también denominación del hoy llamado Shincal...” (Strube Erdmann *op. cit.*: 51).

⁷ “Sitio arqueológico y finca sobre el Piscoyaco. Diez kilómetros al sud de Londres, camino a la Cuesta de Zapata, que separa a Londres de Tinogasta” (Strube Erdmann *op. cit.*: 52). Este sitio corresponde al sitio Paraje La Aguada ubicado al sur de El Shincal tratado en esta tesis (no confundir con la anterior denominación de La Aguada, ubicada al norte de El Shincal de Quimivil).

⁸ La palabra Shincal se escribía anteriormente Chincal. No sabemos a partir de cuándo comenzó a usarse la primera. Con respecto a la segunda tenemos registros de su uso hacia fines de la década de 1920 por Francisco Wolters (1927-1928), uno de los artífices de las expediciones de Benjamín Muñiz Barreto posterior al fallecimiento de Weisser (Sempé 1981).

La importancia de este trabajo reside en la supuesta traza del camino, que si bien no presenta mayores detalles, ya que solo se trata de una línea recta, coincidiría con lo planteado por González (1966) para el tramo de El Shincal a La Aguada.

4) Los trabajos de Rodolfo Raffino han marcado un importante hito en los estudios realizados en el área. El comienzo de sus investigaciones se remonta hacia comienzos de la década de 1990, por lo que el porcentaje de producción científica es bastante elevado. Ahora solo mencionaremos la obra principal para el caso que estamos reseñando, por tratarse de un trabajo donde reúne toda la información concerniente al sitio; y dejaremos el resto de su bibliografía para cuando hablemos de la red general en Catamarca.

Raffino (2004: 34) cuando describe el camino que viene desde Punta de Balasto, al sur del Valle de Santa María, dice lo siguiente:

“El capacñam reaparece intermitentemente a partir de Los Nacimientos y Hualfín y con rumbo SSO conecta los establecimientos inka de Hualfín, Quillay (1300 m), El Shincal (1240 m), Tambillos de Zapata (1478 m) y Watungasta (1440 m). Desde allí comienza la lenta ascensión a la Cordillera de los Andes en dirección al Paso Comecaballos y al Valle chileno de Copiapó”.

Luego, hace referencia a la entrada del camino al sitio El Shincal, diciendo:

“En las inmediaciones de El Shincal los restos aparecen en la cuesta homónima. Se trata de dos caminos construidos a ambos márgenes del Río Hondo. El principal se eleva unos 300 m por encima del fondo de valle, caracoleando en cornisa por la cuesta, al N del río. Está finamente construido, protegida la cornisa con pesados bloques de piedra, del tipo retention walls (J. Hyslop, 1984), aunque lamentablemente una parte de su trazado ha sido remodelado en tiempos históricos por pirquineros. Sobre el lado opuesto de la cuesta aparece otro ramal que debió usarse durante las épocas de creciente del Río Hondo, el cual, como sucede en la actualidad, debió cortar el capacñam principal durante los meses de verano”
Ambos caminos confluyen y forman uno solo cerca de la aukaipata de El Shincal; la cruza por su borde N y, luego de transitar a un lado de la “casa del curaca”, se dirige a los Tambillos de Zapata II (1478 m)”⁹ (Raffino op. cit.).

⁹ En nuestra investigación, *Tambillo de Zapata II* pasará a denominarse Tambillo Nuevo. Nuestra intención no consiste en cambiar el nombre, sino solamente en respetar la denominación de los lugareños.

Este último constituye el único antecedente directo donde se describe el camino que ingresa o sale de El Shincal de Quimivil por el sector norte. En esta investigación veremos como cambia en cierta manera el rumbo de la cuestión sostenida hasta el momento. Esto será tratado específicamente en el Capítulo V.

5) Finalmente, se pueden mencionar los trabajos de campo realizados en el marco de la Tesis Doctoral de Marco Giovannetti (2009). Los mismos se han centrado en la búsqueda de rastros de vialidad imperial (Giovannetti *et al.* 2007). Si bien el autor no realiza un estudio de las vías de comunicación entre El Shincal de Quimivil y Los Colorados, hace una breve referencia a dicho tramo y a algunos sitios menores emplazados a la vera del mismo (Giovannetti 2009: 122-131).

Una vez conocidos los antecedentes específicos de nuestra área de investigación, es importante referirnos ahora a lo acontecido en zonas inmediatamente vecinas y enmarcarlo, por supuesto, dentro de la red vial incaica de la provincia de Catamarca. Esto facilitará la comprensión del sistema vial en un sentido macromorfológico.

6. Los caminos Inkas en la provincia de Catamarca

El *Qhapaq Ñan* principal posee un trazado longitudinal NNE a SSO, penetra en territorio catamarqueño por el faldeo occidental del valle de Santa María entrelazando importantes instalaciones multicomponentes como Tolombón, Pichiao y Quilmes con el sitio Fuerte Quemado, en donde han sido investigadas importantes ruinas incaicas (Kriskautsky 1999). Se trata nada menos que del eje principal que bien puede ser identificado como el "camino de La Sierra". Siguiendo al cronista Antonio de Herrera (1736) esta ruta proviene directamente de Cusco y tiene como puntos históricos más relevantes a Puno, Sillustani y Chucuito al poniente del Lago Titicaca. Luego transcurre por la ribera occidental del Lago Poopó pasando por el establecimiento Oma Porco de Aullagas, la oriental del Salar de Uyuni, Tupiza y Talina. Penetra en actual territorio argentino en el Tambo Real de Calahoyo, cruzando por el levante de la laguna de Pozuelos, el poniente de Salinas Grandes de Jujuy, la sección norte de la Quebrada del Toro y los valles Calchaquí y Yocavíl (Hyslop 1984; Raffino 1981, 1993; Raffino *et al.* 1986, 1991). La última instalación indígena con componentes culturales Inka por donde transcurre antes de penetrar en Catamarca, es el poblado de los indios Quilmes en el actual territorio tucumano.

Desde Quilmes hasta Punta de Balasto el *Qhapaq Ñan* transcurre por la margen izquierda del río Santa María, pasando por diferentes sitios con componentes incaicos: Fuerte Quemado, Rincón Chico, Punta de Balasto (o Ingamana). Desde este último establecimiento probablemente se conecte con el sitio Hualfín Inka, situado en la cabecera septentrional del Valle de Hualfín (Raffino 1981).

Paralelamente al valle de Santa María, hacia el oeste de las Sierras de Quilmes o El Cajón, se encuentra el valle del Cajón. Allí se han identificado varios sitios con claras evidencias de la presencia incaica, por ejemplo, grandes estructuras rectangulares subdivididas en recintos de tamaños regulares asociadas, en algunos casos, a tambos y campos de cultivos. Entre ellos podemos mencionar: Tambo de Pampa Ciénaga o del Alto Cajón, Tambo de San Antonio, La Maravilla (un enclave político-administrativo y de producción ubicado en la localidad de La Hoyada, sector central del valle), Campo de Huasamayo, Campo del Percal, La Lagunita y varios tambitos o *corpawasí* formados por dos, tres o cuatro estructuras cuadrangulares y/o rectangulares ubicados a lo largo de sendas o caminos (Ten Kate 1893; de Hoyos y Williams 1994, de Hoyos 2004). En relación a la presencia de estas instalaciones y a las características geográficas del valle, Schobinger (2004) sostiene que hubo contactos fluidos con el valle de Santa María, con las regiones pre-puneñas semiáridas de occidente y con el Valle Calchaquí. Asimismo plantea la hipótesis de existencia de un camino secundario con relación al tramo principal que recorre el valle de Santa María – Calchaquí. Ese camino entraba al valle del Cajón por el portezuelo de Chuscha, pasaba por el tambo Alto Cajón (ubicado en la base del cerro Chuscha en cuya cima se halló un santuario incaico), continuaba hacia el sur por la zona de Ovejería – San Antonio – La Hoyada hasta empalmar, probablemente, con el ramal Punta de Balasto – Hualfín (Schobinger 1985, 2004).

Volviendo al sur del valle de Santa María, el sitio Punta de Balasto -descubierto a principios del siglo XX por el naturalista Carlos Bruch (1911) y estudiado posteriormente en varias oportunidades (Carrara *et al.* 1960; González 1999; González *et al.* 2007)- constituyó una especie de nudo caminero, un lugar de unión o *tinkuy* en quechua, a partir del cual se produjeron desprendimientos de varios ramales:

- a) Uno de ellos se dirige al sudeste, ascendiendo a los Nevados del Aconquija por los tambos de Huehuel y Campo Colorado a 3.700 y 4.700 msnm respectivamente (Hyslop y Schobinger 1991).
- b) Otro camino, como ya dijimos, se desprende hacia el sudoeste en dirección al Valle de Hualfín, pasando por el Campo del Arenal o de Los Pozuelos.
- c) Otro, puede enlazar los establecimientos incaicos de Ingenio del Arenal Médanos con Chaquiago de Andalgalá, pasando por las sierras de Capillitas. Las últimas investigaciones realizadas en este sector revelan la presencia de un importante segmento de camino Inka emplazado unos 15 km al norte de la localidad de Potrero

Chaquiago, que se extiende desde la quebrada del Melcho hasta el paraje de Piscoyuyo (Podestá y Elkin 2000; Orgaz *et al.* 2007; Caletti 2009). El sitio Potrero Chaquiago constituye un centro manufacturero de gran importancia política-administrativa (Williams 1991a, 1995, 2000), desde donde es muy probable que se desprenda un ramal en dirección al sitio Pucará de Aconquija.

En este último se ha encontrado un tramo de camino que lo vincula con un conjunto edilicio tipo RPC (Recinto Perimetral Compuesto) denominado Sitio del Bajo (Orgaz *et al.* 2007; Caletti 2009). Otras investigaciones han planteado una conexión entre el Pucara de Aconquija y Tambería del Inca en Chilecito, provincia de La Rioja (Kriscautzky 2010)

Desde la cabecera norte del Valle de Hualfín, tal como se citó en el acápite anterior, el *Qhapaq Ñan* toma un rumbo SSO conectando los sitios imperiales de Hualfín Inka, Quillay, El Shincal, Tambillo Nuevo, Anillaco¹⁰ y Watungasta. Desde allí comienza el ascenso a la Cordillera de los Andes en dirección a Copiapó (Raffino 1995, 2004). Investigaciones más recientes han determinado que el paso en dirección oeste desde el Tambillo Nuevo hacia el *chasquiwasi* de Anillaco, se realiza a través de la cuesta de Zapata y la Quebrada Abra del Paraguay (Raffino *et al.* 2008; Moralejo 2009a).

En este punto vale destacar algunas características del sitio El Shincal de Quimivil por constituir el centro de la red caminera de esta investigación. La planta urbana del sitio esta integrada por más de 100 edificios. Entre ellos se cuenta una plaza o *aukaipata*; en su interior el *ushnu*, siendo uno de los de mayores dimensiones construido al sur del Lago Titicaca y una gran *kallanka* en su sector sur. Alrededor de la plaza se ubica un barrio administrativo con otras cuatro *kallanka*. También posee un acueducto de piedra de cerca de tres kilómetros de largo; una veintena de almacenes o *collicas*; un *sinchiwasi*; una residencia de jefes y varios conjuntos de *kanchas* con recintos habitacionales destinados a la población general (Raffino 2004). Un par de centenares de metros al norte de la *aukaipata* ha sido detectado un gnomon o Intihuatana donde los Inkas realizaron observaciones solares (Farrington 1999). El Shincal de Quimivil fue concebido, planeado y construido siguiendo el modelo Inka para sus centros administrativos regionales. Su estructura urbana relevante se completa con dos cerros casi gemelos en su imagen, artificialmente aplanados y aterrizados con muros de piedra y provisto de escalinatas de piedra como acceso. Ambas plataformas estuvieron vinculadas con actividades cívico-religiosas (Raffino 2004).

Parte de la provincia de Catamarca fue muy importante en cuanto a las explotaciones mineras del NOA en tiempos prehistóricos. Esto pudo haber marcado el rumbo de la

¹⁰ La denominación de este sitio (un *chasquiwasi*) se debe a su proximidad con la localidad de Anillaco (Depto. de Tinogasta) en el valle de Abaucán.

expansión incaica (González 1980; Raffino *et al.* 1978; Raffino 1981) haciéndola notable dentro de uno de los espacios mineros metalúrgicos mas importante de los Andes Meridionales, situación que fue compartida con la región riojana de la Sierra de Famatina (Raffino *et al.* 1996).

Tanto El Shincal como la red de caminos estaban en pleno funcionamiento en el verano de 1536, fecha que marca el ingreso de la expedición de Diego de Almagro al NOA y Chile. Esta fecha fue propuesta como momento culminante del Período u Horizonte Inka en ambas regiones (Raffino 1995).

En relación a la entrada de Almagro, los datos arqueológicos coinciden con antiguas fuentes etnohistóricas. En 1587, el Gobernador Ramírez de Velazco informa (Raffino 2004: 39-40):

“...e oydo dezir al capitan blas ponze sobre dicho y a otras personas que eran los que estauan poblados en Londres prouinçia desta gouernaçion de tucuman por gouernadores y capitanes del ynga del Cusco señor del piru y que cobraban en oro y plata sus tributos y los enbiauan al ynga sacados de las minas deste londres y que al tienpo que paso el adelantado almagro al rreyno de chille y conquista del por este londres llebaba quinientos soldados y mas de dos y tres mill yndios de seruiçio estos yngas enbiauan una parte del tributo a su señor el ynga en nobenta andas que llaman aca angarillas y cada angarilla llebaban en onbros veynte o treynta yndios (...) y en cada andas destas yban de justo nobenta mill pesos de oro fino de veynte y dos quilates en tejuelos y cada tejuelo pasaua sesenta e dos pesos de oro y yba marcado con la marca del ynga y hazia el tambo del toro camino rreal del ynga labrado a mano de mas de çinquenta pies de ancho que yo le he uisto...” (Ramírez de Velazco [1587] 1937: 718).

Según Raffino *et al.* (2010) no sería casual que una de las primeras fundaciones españolas en suelo argentino se haya efectuado justamente en El Shincal de Quimivil. Londres de la Nueva Inglaterra fue fundada por Pérez de Zurita en 1558, probablemente usufructuando la existencia de esas ruinas abandonadas por los Inkas unos 25 años antes. La evidencia material histórica y arqueológica entrelazan a El Shincal de Quimivil y Londres para componer un importante capítulo de la historia regional valliserrana (Igareta 2008).

La Puna catamarqueña fue asimismo escenario propicio para la construcción de otro ramal de *Qhapaq Ñan* que comunica los tambos Abra de las Minas (Provincia de Salta) con mina Incahuasi. De allí el camino se continúa hacia el SO en dirección al oasis de Antofagasta de la Sierra donde se hallan importantes instalaciones con componentes incaicos como Coyparcito, La Alumbreira y Bajo del Coypar (Raffino y Cigliano 1973; Olivera 1991; Olivera *et al.* 1994). Allí se bifurca, dirigiéndose uno hacia el este, en busca de Cantera Inka, Illanco

y Tambería Laguna Diamante. Otro hacia el sur donde ingresa al Valle de Hualfín a través del Portezuelo de Pasto Ventura, luego de pasar por El Peñón y Laguna Colorada. En la región de Laguna Blanca, las investigaciones a cargo de Daniel Delfino dan cuenta de importantes registros incaicos: Caranchi Tambo, Festejo de los Indios, Aldea Piedra Negra (donde se han identificado bases residenciales, canchones de cultivos y una plataforma ceremonial), instalaciones de altura (una de ellas ubicada en la cumbre del Nevado de Laguna Blanca a 6.032 msnm e interpretada como un santuario o adoratorio), Peñas Blancas, algunas tumbas aisladas y una posible vía de comunicación hacia el sur a través de Quebrada Honda (Delfino 1999; Delfino *et al.* 2007; Delfino y Pisani 2010). Este cuerpo de datos sin duda alguna contribuye a la integración vial de la región.

Existe una posibilidad de camino Inka -aún no reconocido en el terreno- desde el Portezuelo de Pasto Ventura hacia el sur en dirección al valle de Abaucán (Raffino *et al.* 2001). Este ramal conectaría la Puna meridional catamarqueña con los establecimientos incaicos de Ranchillos y Mishma (Sempé 1973, 1984). Otra potencial alternativa de caminos transversales se percibe entre los valles de Abaucán y Hualfín; así como entre el primero de los mencionados y el de Chaschuil (Sempé 1984; Orgaz 2002), componiendo un ramal en dirección hacia el Paso de Las Cuevas en la Cordillera.

Retornamos ahora con el camino Inka principal cuyo derrotero dejamos a la altura de Watungasta. Éste continúa hacia el sur penetrando en territorio del oeste riojano por Costa de Reyes, donde son visibles ruinas muy deterioradas de un tambo a la vera del río (González y Sempé 1975; Sempé 1976). Luego atraviesa la Sierra de Copacabana para arribar a la Tambería de los Cazaderos (Aparicio 1937). Su traza prosigue por el Valle de Famatina donde se hallaron restos de arquitectura Inka y tramos de *Qhapaq Ñan* en los sitios Tambería del Inca de Chilecito (otro importante centro administrativo), Pampa Real y en el santuario Negro Overo. Diversos segmentos de camino se hallan tapizando diferentes sectores de la serranía al norte de la Cuesta de Miranda. Trascienden al Valle de Vinchina por Rincón del Toro y Guandacol para penetrar en actual territorio Sanjuanino en busca de su destino final en suelo argentino: el Valle de Uspallata en Mendoza (Aparicio 1940-1942; Bárcena 1992; De la Fuente 1973; Hyslop 1984; Raffino 1981, 1993, 2007; Rohmeder 1941; Shobinger 1966).

En el transcurso de otros trabajos de campo realizados en Catamarca fueron reconocidas tres instalaciones Inka en la región de Chaschuil próxima al Paso de San Francisco. Dos de ellas, Incahuasi-Este y Vega de San Francisco, son tambos situados por encima de los 4.000 msnm. El tercero es un santuario Inka en la cumbre del cerro Incahuasi (6.620 msnm) descubierto por andinistas argentinos (Beorchia Nigris 1987; Bulacio 1992).

Los tambos Incahuasi-Este (26° 55' S y 68° 07' O) y Vega San Francisco (26° 58' S y 68° 09' O) se sitúan en la ribera de pequeñas lagunas. Poseen estructuras de tipo *kancha* o RPC, contruidos con paredes dobles de piedra irregulares rellenas con ripio. Hay grandes recintos rectangulares centrales y pequeñas habitaciones cuadrangulares y perimetrales. En el santuario de altura de Incahuasi se registra una arquitectura de probable filiación Inka, madera de cardón y una clásica figurina de oro hallada en el interior de un rectángulo de piedras excavado en proximidades de la cima (Raffino *et al.* 2001, 2010)

Las últimas investigaciones llevadas a cabo por Ratto y Orgaz han permitido ampliar la muestra de sitios incaicos para el área de Chaschuil, sitios como Las Coladas, Tambería y Circulo de La Lampaya son evidencia de ello (Orgaz 2002, Ratto y Orgaz 2009)

De acuerdo a la posición geográfica de estas instalaciones se infiere la existencia de un ramal de *Qhapaq Ñan* transcordillerano. Un camino transversal que conectaba el noroeste de Catamarca con Copiapó a través del Paso de San Francisco, Laguna Verde, el Salar de Maricunga y la Quebrada de Paipote. Al norte de Copiapó este ramal transversal se empalmaría con el "Camino de la Costa" y, también en dirección norte pero del lado argentino, se continuaría con el camino de Coyparcito, La Alumbreira, Abra de las Minas e Incahuasi cuya descripción ya efectuamos (Raffino *et al.* 2001, 2010).

Es posible que los Inkas hayan usado este camino en algunas épocas muy limitadas del año. Cruzando la Sierra de Buenaventura en dirección noreste a cuatro o cinco jornadas de marcha se hallan Coyparcito y La Alumbreira en el oasis de Antofagasta de la Sierra. Continuando en dirección NNE, el tambo Abra de Las Minas significaría la continuidad de la ruta Inka en pos del Valle Calchaquí (Raffino *et al.* 2001, 2010).

Aparentemente estos sitios estuvieron conectados con el Paso de San Francisco a través de un camino Inka, apoyado por tambos, que cruzaba la Puna meridional de Catamarca. Esta ruta ha sido parcialmente reconocida (Raffino 1969; Raffino y Cigliano 1973; Olivera 1991).

Con rumbo sureste, y a tres jornadas de marcha del Paso de San Francisco, las instalaciones Mishma y Ranchillos, ubicadas en los alrededores de Fiambalá, sugieren otra potencial conexión por *Qhapaq Ñan* entre esa localidad del valle de Abaucán y el paso aludido. Sin embargo, no se han hallado en los sitios vecinos al Paso de San Francisco vestigios arquitectónicos de camino ni de tamberías de gran porte como para sustentar la hipótesis de un tráfico continuo y a gran escala. Tampoco aparecen evidencias españolas. Se cree que en tiempos de los Yupanki y en los posteriores de la colonia, esas condiciones difícilmente permitieron el tránsito de grandes caravanas de llamas, mulares, caballos y mucho menos de ejércitos. Estos datos arqueológicos, sumados a la gran altura del Paso San Francisco (4.730 msnm), las escasas pasturas, la falta de agua potable por espacio de 80 km -lo cual significa 3 jornadas de marcha a paso de caballo o llama dadas las condiciones físicas imperantes- y un clima frío y muy ventoso, hacen poco probable que ésta haya sido una región masivamente usada por los Inkas para su tráfico transcordillerano.

Estos datos puntuales cierran definitivamente las hipótesis tradicionalmente sustentadas, en cuanto a que este paso había sido el lugar elegido por el ejército de Almagro para pasar la Cordillera (Raffino 1995).

La siguiente figura sintetiza lo que hemos manifestado en este acápite (Figura IV.5):

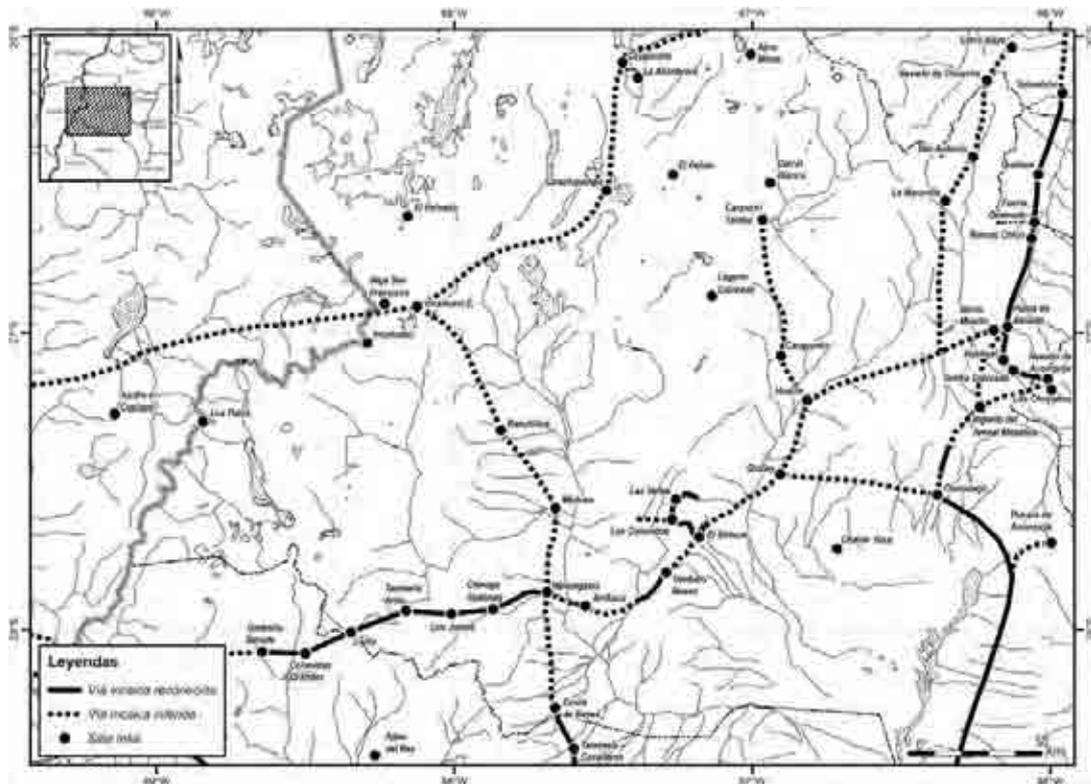


Figura IV.5. Instalaciones y red de caminos Inkas en la Provincia de Catamarca (Argentina)